



PAUL HENRI THIRY, BARÓN DE HOLBACH

Sistema de la naturaleza

Traducción de Merina Bacín, José Manuel Bermuda, Miguel Estapé y Alín Salom, epílogo de José Manuel Bermuda, Laetoli, Pamplona, 2008, 677 pp. ISBN 978-84-2422-03-6 (Système de la nature, 1770)

El cristianismo al descubierto o Examen de los principios y efectos de la religión cristiana

Traducción de Joaquín Fortanet y Rosa Martínez Gonzáles, epílogo de Joseph Lluís Teodoro, Laetoli, Pamplona, 2008, 677 pp. ISBN 978-84-92422-02-9 (Le christianisme dévoilé, ou Examen des principes et des effets de la religion chrétienne, 1761)

Como es lógico no va a ser esta breve nota una reseña del *Sistema de la naturaleza* de Holbach —que si no un gran sitio, sí que tiene un huequecito ya en cualquier formación filosófica—, sino más bien un comentario sobre la oportunidad de su edición y un intento de dar cuenta del motivo que nos puede llevar hoy a leer *El cristianismo al descubierto*. Simplemente una reseña sobre la voluntad editorial de volver a recordar a Holbach y sobre lo que a nosotros nos va en tal recuerdo.

Hace tiempo A. Giddens expuso una sencilla tesis sobre la Ilustración que a mí me llamó mucho la atención por lo ajustada que era con lo que aconteció en el XVIII. Decía Giddens que la Modernidad comenzó en el XVII con un mecanicismo que iba robando a las explicaciones religiosas y tradicionales protagonismo y ponía toda razón de la realidad en una naturaleza organizada por leyes. Se trataba de conocer tales leyes y de reconocernos en un mundo que tan sólo se regulaba por las propias normas que a la naturaleza regulaban. Este convencimiento está en el origen del “atreverse a pensar” que dio a luz a nuestra mayoría de edad por la sencilla razón de que es simplemente observando, recopilando observaciones y averiguando sus relaciones como llegamos a los principios últimos de la realidad. No hay metafísica, no hay religión, no hay ningún discurso que no se pueda remitir al experimento, a la (de)mostación de lo que se dice. No habría, en último término, discusión ninguna si todo pudiera mantenerse en ese nivel de la investigación que al cabo no es sino partir del reconocimiento de que todos —nosotros los hombres y nosotros los miembros de la naturaleza— somos objetos de una ley a la que nos debemos plegar. Que no es una ley que nos ofenda ni obligue, puesto que es la ley de nuestra propia naturaleza —de la naturaleza humana que no es, como se ve, sino la misma Naturaleza.

Esta uniformidad entre el hombre y su entorno, esta igualdad de calidad (aunque no de grado, pues es evidente que existen distintos niveles en la realidad, de los cuales el humano no tiene por qué ser el más alto), es lo que llevó, según Giddens, a una cierta incomodidad que se solventó, en la mayor parte de los casos, con una recuperación del estoicismo, con un convencimiento de que si bien la naturaleza se autorregula, la naturaleza es más que aquello que podemos experimentar (vivir y hacer experimentos con ella, sentir como nuestro cuerpo). A mi modo de entender el espíritu deísta que uniformó casi por completo a la Ilustración que reconocemos de un modo más ortodoxo, es el mejor ejemplo de esta huida de la naturaleza entendida como *mera* naturaleza. En breve la cosa funcionó más o menos como sigue. Por un lado tenemos una ciencia que comienza a ser experimental, es decir, que hace experimentos (ella *hace* experiencias), mira a ver qué pasa, anota e induce leyes de los datos observados. Mucho se puede decir de este comportamiento, pero quiero señalar ahora simplemente el hecho de que las leyes surgen de la observación de datos. Inducir de la caída de dos mil manzanas que toda manzana cae al suelo no deja de tener algún problema, pues ¿quién me asegura que así sucederá con la manzana dos mil tres? ¿Y quien me dice que también se caían antes de que yo lo (a)notara? Como es evidente la respuesta de “no me venga Vd. con bobadas” no soluciona nada porque no es una respuesta sino más bien un no hacer caso. El problema es viejo y no merece la pena darle aquí muchas vueltas. Dígase sólo que Newton, paradigma de la ciencia moderna, nunca tuvo tal problema y a su ejemplo se apuntó la mayoría de quienes iniciaron nuestra Modernidad. En efecto, aunque Newton comenzaba su actividad con los mimbres de la ley universal que es inducida desde unos “pocos” datos muy particulares, estaba convencido de que, por ejemplo, cuando leía las relaciones entre las órbitas planetarias como ecuaciones matemáticas lo que hacía era leer la Palabra de Dios que no sólo se expresaba en la Biblia, sino también en el orden cósmico. El problema de la inducción de leyes a Newton le importaba bien poco convencido como estaba de que induciendo las leyes de la mecánica universal no resumía simplemente observaciones, sino que con tal resumen leía la ley que ya estaba escrita antes de los tiempos humanos. En breve: si veo cómo se caen dos mil manzanas y de ello pro-

LIBROS



PAUL HENRI THIRY, BARÓN DE HOLBACH
**Sistema de la naturaleza/
El cristianismo al descubierto o
Examen de los principios y
efectos de la religión cristiana**

clamo que todo cuerpo se caerá atraído por una fuerza constante, tal ley que afirmo no es una ley universal afirmada por el solo hecho de haber visto caer dos mil manzanas, sino que es una ley universal que he conseguido leer al saber leer —observar— la caída de aquellas dos mil manzanas. Esta ley universal sí que es una ley ajena a mis observaciones pues se mantiene dé yo con ella o no. Esto supone una afirmación del deísmo que afectó a casi toda la Ilustración. Pues sin afirmar tal deísmo, sin jurar el convencimiento de que aquella realidad que conozco es autosubsistente y un universo organizado —a lo divino—, nuestras inducciones, nuestras leyes universales, no dejan de ser *nuestras*, representaciones que hacemos de la realidad, pero ¿quién asegura que la realidad realmente es así? ¿quién asegura que cuando hacemos bien nuestro trabajo intelectual y conocemos las cosas con cuidado y esmero eso que conocemos es lo que en verdad hay y no el dibujo con el que nos situamos ante lo que hay? La respuesta deísta que he personificado en Newton aquí es clara y tajante: sí, quizás nuestro pensar sea demasiado pequeño y finito para llegar a las eternas leyes universales, pero nos basta para dar con ellas; no las inventamos, no las proponemos, simplemente las hallamos; están en el Universo y nosotros damos con ellas.

Es innegable que nuestro presente se forjó en los mimbres del deísmo. No sólo que Newton, Voltaire, Rousseau o los grandes nombres de nuestra Ilustración hicieran profesión de fe del mismo —de un modo u otro—, sino que, también y sobre todo, nuestro mismo ordenamiento jurídico, político, moral, científico (y posteriormente tecnológico) se inauguró siempre bajo la idea de que aquello a lo que alcanzaba y tocaba nuestra razón no era sino una parte que mostraba la grandeza de aquello a lo que podía llegar —aunque no tocar— esa misma razón. El estoicismo o el deísmo —escójase lo que se prefiera— permitió huir de la consideración de que la naturaleza humana no era más que cuerpo (ese cuerpo que para Descartes, y para el XVII que dio los primeros pasos modernos, tan sólo se limitaba a chocar con otros cuerpos y en tales choques componer el mundo), que podía haber algo más que átomos o corpúsculos —cuerpecillos— componiendo nuestra realidad. Como, además, el cuerpo siempre ha supuesto muchos problemas para la filosofía occidental, nada malo voy a decir aquí de ello y quede tan sólo este convencimiento mío de que sin una planteamiento de corte deísta nuestro presente no se hubiera configurado como lo ha hecho; tan sólo quiero recordar que esta deriva “estoica” —por seguir con el convencimiento de Giddens con el cual

empecé— es una de las que acontecieron al espíritu de la modernidad, que tal deriva nos llevó por los caminos que nos llevó y que, por supuesto, la modernidad, aun yendo por tales caminos, portaba en sus alforjas alimentos y mapas que le hubieran permitido viajar por diferentes sendas a aquellas por las que acabó yendo. Esto fue lo que hizo que nuestra historia se compusiera de varias fuentes, que si bien una se constituyó en el arroyo principal, no fue único el sabor de sus aguas, y que en no pocas ocasiones los cambios, las variaciones y las revoluciones advinieran justo cuando eran recordados aquellos sabores y aromas que no pertenecían a la única fuente que considerábamos nuestra. Es suma: cuando nos reconocíamos como hijos de muy diferentes paternidades.

Holbach, la historia se ha encargado de grabarlo a fuego, fue uno de los más insignes representantes del materialismo mecanicista ilustrado. De esa fuente de la modernidad que, la historia se ha encargado de grabarlo a fuego, acabó en nada, como en un callejón sin salida. Mecanicista porque estaba convencido de que el orden natural se mantenía sobre cuerpos que se relacionaban entre sí como cuerpos, en una relación del mismo orden, siempre discernible entre ellos mismos sin tener que postular ninguna ley que les fuera ajena, o que les estuviera más allá de su alcance, o que afectara a uno y no a otro. Materialista pues si todo era cuerpo, todo era materia y todo podía experimentarse, sentirse y alcanzarse de un modo u otro. Poner a la naturaleza en un conjunto ordenado, al cual podemos comprender y al cual debemos someternos por ser nosotros mismos parte de la naturaleza, no es algo que por sí mismo debiera haber llevado al “materialismo mecanicista” de Holbach a un callejón sin salida, pero si leemos de nuevo lo afirmado podremos ver que la postura de Holbach realmente podía causar antes y ahora ciertos problemas, con el aire de ser irresolubles si uno se enfrascaba en conseguir un único sabor del manantial de la modernidad. Porque su postura no dice más que lo que dice: que somos parte de la naturaleza, que nos sometemos a sus leyes. Y no hay más. Bueno sí: que como seres naturales nos debemos comportar como tales; no como seres humanos si por tal se entiende algo por encima de la naturaleza que todos los días experimentamos; no como seres racionales si por tal se entiende algo que vaya más allá de la comprensión de lo que hay de hecho; no como seres abocados a la trascendencia ni como hijos de un Dios que si fuera verdadero no sería sino la naturaleza misma que nos diría que somos, como ella, naturaleza. ¿Y las leyes? ¿Y la moral? ¿Y la ciencia? ¿Y la realidad? De eso da cuenta el *Sistema de la naturaleza*.

Como dije al principio no es este lugar para dar cuenta del modo en que da cuenta Holbach de un mundo donde realmente no hay más, ni menos, que lo que hay. Un mundo de hechura humana, alcanzable en todo lugar por la mano humana, comprensible por su intelecto, un lugar donde tan sólo haya que aprender a mirar (y eso es lo que hace la ciencia) para juzgar, pues nada más allá de nuestro propio juicio hay. Y un mundo que se ha de conformar con la finitud y la corporalidad de los hombres. Cada quien puede tener su idea de la propuesta de Holbach y lo que aquí hay que hacer es simplemente animar a recordarla porque alguien con valentía editorial así lo hace posible (¿hay que decir que el *Sistema de la naturaleza* andaba perdido desde hace bastante más de veinte años entre los títulos agotados de una editorial desgraciadamente desaparecida?). Y junto a tal ánimo instar a sospechar el por qué hemos sido incapaces de alzar nuestro presente sólo sobre nuestros hombros, por qué en lugar de conformarnos con aquello que nos es propio y tratar de fundar ahí nuestra vida hemos decidido pedir ayuda a fundamentos, a trascendencias, a diálogos racionales, a sistemas filosóficos, morales, políticos o económicos que sin



LIBROS



PAUL HENRI THIRY, BARÓN DE HOLBACH
Sistema de la naturaleza /
El cristianismo al descubierto o
Examen de los principios y
efectos de la religión cristiana

demora han pasado su factura al cobro que no era otra sino la que nos obligaba a permanecer en una minoría de edad culpable. Ser adulto es reconocer que nos podemos equivocar y ello parece que siempre ha dado cierto miedo. Ser adulto es reconocer que tenemos el cuerpo que tenemos, que no podemos imaginarnos ni como dioses ni como dominadores de la naturaleza, sino simplemente como un componente más del mundo en el que vivimos, ni mejor ni peor, uno más. Ser adulto será, pues, reconocer que nuestra vida es nuestra y que más nos valdría disfrutarla en su pequeñez en lugar de encargar a nada ni nadie que nos ascienda a alguna altura donde a cambio de perder lo que nos hace frágiles, contingentes y finitos ganemos un no sé qué de dignidad y quizás nobleza. ¿Nobleza y dignidad de qué? Esta es la pregunta de Holbach quien, en último término, nos lega su *Sistema de la naturaleza* para recordarnos que cuando nuestro mundo hechó a andar lo hizo porque se atrevió a caerse y tenía ánimos para levantarse por sí mismo. Eso es lo que recogemos en su obra: un modo de atrevernos a hablar, idear y conocer por nosotros mismos que asume el riesgo de equivocarse. Sin andaderas, sin seguridades. El materialismo —de Holbach, pero también de cualquier otro— puede sonar romo y poco pulido para la dignidad y altura humana, pero lo cierto es que porque evita pensar en esas dignidades y alturas no queda nunca sometido a ellas que por muy hermosas, racionales y bien distinguidas que sean, se han mostrado siempre tan implacables como una tela de araña.

No deja de ser curioso que la primera proclama de los materialistas modernos —como también de los antiguos y la de sus hermanos, los libertinos—, sea la abominación de la religión. Decir que tal abominación es para renegar de la autoridad establecida (de la autoridad moral, política y de pensamiento) que les impide su egoísta concepción de sí mismos, es no ver nada; es algo así como decir que son malos y por ello niegan a Dios sabiendo que es malo quien reniega de Dios. Realmente tal abjuración lo que trata es de conseguir algo bien simple: apuntalar la vida humana, como una vida meramente humana —aunque ello suponga, también, *demasiado* humana—. Ello supone que nuestra vida constituye su propio relato desde el cual se comprende a sí misma, esto es, que el lugar donde tomamos significado es finito y experimental, contingente, si quiere decirse así, pero siendo ese todo el lugar de lo humano, tal finitud no supone fragilidad, sino simplemente el conocimiento del terreno que pisamos, el saber donde asentamos nuestros pies. Algo así

está en la base del *El cristianismo al descubierto* que Holbach en su momento escribió y que hoy podemos alegrarnos de que se haya editado al mismo tiempo que el *Sistema de la naturaleza*. Si con este último aprendemos que nuestro mundo es lo que es y lo que es, es lo que nosotros los humanos podemos sentir, imaginar y comprender por nosotros mismos, con el *El cristianismo al descubierto* Holbach procede a desmontar aquello que nos excede —que en su momento era, de modo especial, la religión—, lo que nos resulta superfluo y nos molesta, lo que nos encarcela y dirige. Holbach, aquí, no es muy original y sigue una línea argumental que podemos leer en cualquier materialista ilustrado (pienso en Sade, en Meslier o en el mismo Helvetius), pero su deconstrucción de los dogmas cristianos es algo más que un juego donde se subraya la estupidez de muchas creencias, donde se muestra su falta de lógica y donde se señala a aquellos que están interesados en que seamos estúpidos y faltos de razón; es, sobre todo, el asalto al mundo del pensamiento, la recuperación de lo humano que se había perdido, o mejor, que había sido robado. Porque Holbach está convencido de que si hemos dejado de vivir la vida de seres humanos, si hemos perdido nuestro cuerpo a favor de alguna extraña superstición o fantasía encerrada en un sagrario, no lo hemos hecho de buena gana, sino que ello ha sido obligado y nuestra ausencia de humanidad no deja de ser un robo, un agravio que se nos ha inflingido. Una enajenación.

No quisiera dar muchas vueltas ni a un libro ni a otro; mi intención era sólo animar a releerlos para recuperar cuando menos el sentimiento de querer ser humanos, de querer reivindicar nuestro propio cuerpo y las necesidades y placeres que de él se derivan, pero, también, la organización mental, social y política que nuestro cuerpo solicita. Decir que debemos configurar nuestra propia vida es proclamar que queremos organizar nuestro mundo al modo en como puede ser vivido —sentido, comprendido— por cada quien en particular. No otro era el objetivo del “atrévete a pensar” que en algún momento se ha dado como el lema de la Ilustración que forjó nuestro presente. Alabar el mérito editorial que tiene la recuperación de Holbach es ni más ni menos que creer que tras su lectura nuestra actitud y sensibilidad no puede ser la misma y querremos entendernos y entender nuestro mundo de manera tan sencilla como nueva: humanamente. La cosa no puede ser más moralista. Como moralista fue nuestro nacimiento.

Julio Seoane Pinilla